

Noticias bibliográficas y literarias



Cuentos y Verdades, por Alfredo de Laffitte.—Un tomo de 400 páginas próximamente en octavo francés, al precio de 2 pesetas en el establecimiento del editor Francisco Joruet, Alameda 15.—San Sebastián.

El conocido literato, presidente del Consistorio de Juegos florales euskaros, correspondiente de la R. A. de la Historia y colaborador de la EUSKAL-ERRIA, D. Alfredo de Laffitte, acaba de enriquecer nuestra literatura con una escogida colección de *cuentos, leyendas, tradiciones, sucedidos é historietas* que me hacen el efecto de un ramillete de preciosas flores.

Las hay para todos los gustos: algunas esconden entre sus hojas punzantes espinas y son ricas de color; otras, más pálidas y modestas, exhalan en cambio delicada fragancia; y por último se ven varias que, como la que va á continuación, brotaron en las mismisinas *koškas* de Donostia y no se aclimatarían fuera del ambiente del antiguo *Iru-chulo*.

Y hago aquí punto, porque Alfredo, mi querido amigo de la infancia, al ocuparse de mis pobres versos con excesiva indulgencia, entiendo que me inhabilitó para juzgar, con la debida libertad, su amena, interesante y correcta prosa.

Reciba mi felicitación cordialísima.

ANTONIO ARZÁC.

*
* * *

LAS HAZAÑAS DE KOŠKORRA

Juan Koškorra era un notable ejemplar de los granujas de San Sebastián que tenían su albergue en el populoso barrio de la Jarana.

Pertenecía á la familia de los anfibios puesto que desde que abandonó el pecho de su madre se zambullía con fruición en la dársena adquiriendo las condiciones de un excelente nadador.

Las tres cuartas partes del día las pasaba en el agua gritando: «*Caballero, eche usted dos cuartos*», y en unión de la cuadrilla de granujas que le seguía dentro y fuera del liquido elemento, se le veía todas las tardes desnudo y de pie sobre el pretil del muelle, tiritando como un perro galgo, esperar á que algún desocupado se decidiese á envolver la deseada moneda en un pedazo de papel y lanzarla al agua, de donde con pasmosa habilidad la sacaba en la boca nuestro héroe.

Organizaba regatas diarias á nado hasta la primera boya de la bahía, y en materia de *cingladuras*, *lentas* y otros ejercicios náuticos era tan hábil y práctico que no había quien le ganase en *Kay arriba*.

Estos entretenimientos acuáticos eran contrarios á los bandos de policía, así es que cuando uno de los compañeros colocado en acecho gritaba con fuerza *zeladoría*, salían del agua apresuradamente, cogían la ropa bajo el brazo y en cueros corrían por las peñas del castillo, como alma que lleva el diablo, hasta lograr alguna anfractuosidad de la roca en la que á cubierto de las miradas y principalmente del bastón del agente municipal se vestían con toda tranquilidad. A veces la tarea no era tan fácil porque algún mal intencionado se divertía en hacerles nudos en la ropa mientras se bañaban, y los pobres diablos tenían que emplear mucho tiempo en desatarlos dando entretanto diente con diente.

Sigilosamente se apoderaban del bote de un patache ó quechemarín surto en la dársena y dirigido por Koškorra salían á la bahía y se aventuraban mar adentro detrás del castillo de donde á veces en mal estado les traía á remolque alguna lancha pesquera.

Aunque Juan era tan pobre como una sardina (no siempre ha de ser rata), una familia caritativa de la población, con ánimo de sacarlo adelante, pagaba su mensualidad en la memorable escuela de los gallegos, en la que dado su carácter indómito estuvo poco tiempo, pero lo suficiente para dejar recuerdos de su estancia.

En las horas de paseo él era el toro obligado, dando cada cornada que hacía el vacío á su alrededor por lo bruto, y espantaba á sus compañeros en terminos que si no le echan se queda la escuela sin un muchacho.

Él inventó el famoso bálsamo de *barachuri* para que las regletas

con que el maestro pegaba en las manos á sus discípulos, se hicieran mil pedazos sin dolor del castigado.

Hecho un *perdis* en toda la extensión de la palabra, vagaba por esas calles recogiendo los pedacitos de carbón que caían de los carros de transporte ó metiendo mano en las tinas de anchoa que las rastras de bueyes conducían á la pescadería, hasta que sucedió lo que era natural y lógico, consecuencia de sus aficiones y necesidad de su precaria situación, y es que se embarcó en la primera ocasión que tuvo.

Navegó algún tiempo haciendo varios viajes y en uno de ellos naufragó en el paso de Calais, siendo socorridos él y sus compañeros por un buque francés que les transportó á Londres.

Los otros náufragos fueron repatriados, pero Juan Koškorra prefirió quedarse en la gran metrópoli, porque nada tenía que hacer en su país y gracias á algunos donostiarras que encontró en las calles de aquella ciudad, comió durante el tiempo que tardaron aquellos buenos *errikošemes* en proporcionarle una colocación en una fábrica de jarcias, donde aún se halla.

Algún tiempo después de instalado en Londres, Juan quitó el *orra* á su apellido para *inglesarlo* y se hizo llamar Košk á secas, usando levitón y chistera que en Londres no es signo de riqueza sino más bien de miseria, como lo demuestra el que lo gasten albañiles y canteros en su trabajo; naturalmente que prendas deterioradas.

Con un sueldo regular vive modestamente nuestro Koškorra en la fábrica de jarcias con la esperanza si no de quedarse con ella, al menos de obtener parte en los beneficios, como se lo han prometido los socios.

Hace dos años con el producto de sus economías vino á visitar el teatro de sus hazañas, su inolvidable *Iruchulo*. Le aguardábamos en el andén el día de su llegada llenos de emoción, cuando bajándose del coche y dándonos un apretado abrazo nos dijo en ese mal castellano peculiar suyo que le seguirá hasta la tumba:

—No te creas que vengo *indiano*, aludiendo sin duda á su buena ropa, pero ya tengo lo supiciente para viajar en *Pichilingar...* y nos señalaba el departamento de vagones-camas de donde había descendido.

(1890)